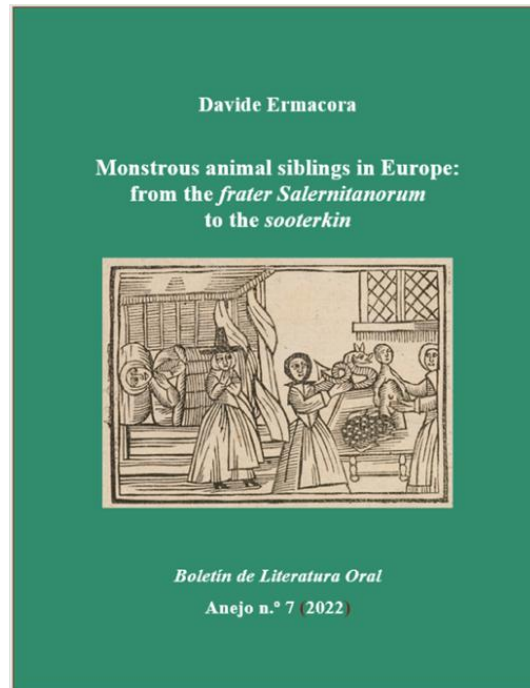


Ermacora, Davide. *Monstrous animal siblings in Europe: from the frater Salernitanorum to the sooterkin*. Jaén: Boletín de Literatura Oral/Universidad de Jaén, 2022. ISSN: 2173-069. 115 pgs.

Reviewed by: Miguel Rodríguez García
Universidad de La Rioja



Pese a su juventud, Davide Ermacora, doctor en antropología, autor de decenas de artículos y coeditor junto con Simon Young del magnífico *The Exeter Companion To Fairies, Nereids, Trolls And Other Social Supernatural Beings* (2024), merece la acreditación de experto en el folclore del parasitismo dentro del extenso panorama europeo. En las siguientes líneas llevaré a cabo una reseña de su monografía *Monstrous animal siblings in Europe. From the frater Salernitanorum to the sooterkin* (2022), publicada en el séptimo anejo del Boletín de Literatura Oral.

El capítulo inicial es una introducción sugerente al fenómeno del hermano animal, el *frater Salernitanorum* que aparece en la literatura científica de la Escuela Salernitana hacia el siglo XII. El autor vincula estos nacimientos inusuales a los partos monstruosos, atestiguados en la Antigüedad por Plinio y por Julio Obsecuente. En un despliegue de erudición bibliográfica, Ermacora rastrea al “hermano de los Salernitanos” en autoridades médicas medievales como Matthaeus Platearius y Gilles de Corbeil, aunque la hispanidad tampoco fue ajena al mito, pues Torquemada lo reprodujo en su *Jardín de flores curiosas*. A continuación, presenta varias explicaciones sobre la etiología de este mal, datadas desde la tardía Edad Media hasta el ocaso de la era moderna: desde la creencia de que eran fetos anómalos hasta la posibilidad de que fuera una *mola hidatiforme*, un tumor uterino que concurre a veces con el embarazo.

En su segundo capítulo, Ermacora identifica las principales fuentes literarias en las que figura el *frater Salernitanorum*, a menudo ignoradas por los historiadores de la medicina. Mediante una lectura minuciosa de los textos, anota un error de transmisión en la obra de Jacques de Vitry, teólogo responsable de la *Historia Orientalis*, donde se contiene esta leyenda, tergiversada en posteriores traducciones al francés. El autor teoriza que Vitry no se habría visto obligado a sacar esta anécdota de los libros, pues pudo haberla

oído de labios de algún viajero. También expone con finura crítica por qué no incurre en la característica moralización en negativo de estos alumbramientos, que el cronista juzgaba un signo de fidelidad marital, al igual que el poeta y galeno francés Gilles de Corbeil: sencillamente, porque el *frater* surgía de la simiente adúltera expulsada del cuerpo de la madre, una garantía de que su otro vástago sería legítimo.

Ermacora acuña en el tercer capítulo el “complejo del gemelo serpiente”, relacionado con las historias de la serpiente parásita que anida en el organismo humano después de haber entrado por uno de sus orificios, y lo liga al *frater Salernitanorum*. Entre los casos de mujeres que dan simultáneamente a luz a estos reptiles y a niños mellizos se encuentra uno documentado por el monje Cesáreo de Heisterbach y otro registrado por Straparola en *Las noches agradables*. El autor descarta la hipótesis de Moolenbroek de que estos infantes fueran asfixiados por su cordón umbilical, con base en la premisa de que en otros relatos son dos o más las sierpes que salían con ellos del vientre materno. No sopesa que esta creencia pudo haberse disociado de una potencial realidad obstétrica (el estrangulamiento del bebé) y, más tarde, en virtud del boca a boca, haberse exagerado, refundido y mezclado para dar cabida a un conjunto numeroso de inquilinos no deseados. En la literatura del Medievo y de la Modernidad temprana las taxonomías zoológicas eran mucho más imprecisas que las que fueron imponiéndose desde Lineo, gracias a los esfuerzos de naturalistas como Buffon, lo cual favorecía que ofidios y anélidos (gusanos) fueran asimilados a consecuencia de sus semejanzas físicas (una hechura longilínea y sus movimientos ondulantes), sin atender a factores biológicos de peso.

El capítulo cuarto explora el papel de la oralidad y la influencia de la cuentística en los partos de animales en humanos: médicos como Savonarola recogían casos clínicos que no habían presenciado con sus propios ojos, guiándose por las impresiones de observadores sin formación; otros, como el jurista Jean Bodin, asociaban el nacimiento de ranas en mujeres a la noción del *familiar*, a la práctica de la brujería y al sexo con el Diablo. Las interpretaciones que propone Ermacora, coincidentes con las de Emma Wilby, están bien fundamentadas: podría tratarse de fetos desalojados del útero de manera prematura, cuya imagen recordaría a la de un batracio.

El autor aborda dos cuestiones relevantes en el quinto capítulo: la otredad de la que eran víctimas las mujeres que albergaban al *frater* y, asimismo, las localidades donde se gestaba este monstruo. Entre los motivos esgrimidos para desprestigiar a los lombardos y a sus esposas se encuentra la pobreza de su dieta, basada en vegetales, según Bernard de Gordon, o la consunción de la hierba *Atriplex*, conforme a Rufino en su *De virtutibus herbarum*. Además, fue usado como arma arrojadiza entre Benevento, Salerno y otras comunidades vecinas del sur de Italia, que se adjudicarían unas a otras esta patología para ultrajarse. Este desprecio no se limita a la adscripción territorial o al género, sino que afecta a la clase social: de acuerdo con Savonarola en su *Practica maior*, el *frater* era el fruto de la “superfecundación”, de modo que si el semen procedía de un aristócrata, de él derivaría un animal con atribuciones positivas, como el águila o el halcón; en cambio, tomaría el aspecto de una rana o de un búho de haber sido inseminada por un plebeyo. Es una lástima que no profundice más en estas observaciones, pero gracias a ello queda un hueco susceptible de ser llenado por futuros estudios que se ocupen de la percepción histórica, social, moral y terapéutica de la fauna y de los regímenes vegetarianos, asuntos de máximo interés para la academia desde las corrientes ambientalistas y desde los estudios veganos. Yo solo señalaré que resulta llamativo que las especies “nobles” que refiere Ermacora sean todas aves adiestradas por los cetreros; por el contrario, los lagartos son alimañas y los estrígidos no disfrutaban de demasiada estima en esta época, a pesar de sus importantísimas funciones higiénicas y de los servicios que le tributan al labrador (pues se alimentan de los roedores que esquilman despensas y graneros).

El capítulo seis continúa ahondando en las molas uterinas y en su relación con el *frater Salernitanorum* a través de diferentes obras; por ejemplo, en el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada interviene una mujer que engendra a un infante y a una suerte de hurón, ambos muertos al cabo de pocas horas. En su amplia búsqueda de equivalencias coteja un manuscrito alemán titulado *Stockholmer Arzneibuch*, donde permanece catalogada una de estas malformaciones con rasgos aviares, similar al *suygher* holandés o al *sooterkin*. El autor deja aquí plasmada una reflexión provechosa para la investigación del folclore en el diecinueve: a partir de la Ilustración no son pocos los literatos, periodistas, científicos, etcétera, que con frecuencia mencionan tradiciones y supersticiones para menoscabarlas, corrompiéndolas, en ocasiones, durante el proceso de fijación escrita. No solo deberíamos “differentiate between [...] authors who accepted and those who dismissed folkore, explaining if posible the motives of these writers” (36); también tendríamos que distinguir las adulteraciones, invenciones o simplificaciones del material popular debidas a prejuicios, al prurito embellecedor o a la negligencia de sus transcritores.

El séptimo capítulo arranca con una disquisición etimológica en torno a dos términos que aluden al mismo fenómeno: el *sooterkin* inglés, del cual ha sido hallada una variante en *Midwives Book* (1671) de Jane Sharp; y el *suygher*, que se remonta al *Occulta naturae miracula* (1559) de Lemnius. Ambos evocan el concepto de lo dulce y podrían considerarse tanto apelativos cariñosos como eufemísticos, dirigidos a aminorar la amenaza que planteaba esta entidad. A efectos de su cronología, esta es la secuencia que establece Ermacora: “the *frater* (Middle Ages) > *flying* animal mole (fifteenth and sixteenth centuries: the *Stockholmer Arzneibuch*, Joubert) > *suygher/sooterkin* (from the sixteenth century onwards)” (45), sin que sea posible discriminar si existe una descendencia directa o si provienen todas de un racimo común de leyendas, de las cuales “*frater* and the *suygher/sooterkin* are just local forms brought to light when a strong regional tradition of medical writing emerges” (45).

El último capítulo reanuda este hilo con más similitudes entre el *sooterkin*, el *suygher* y el *frater Salernitanorum*, postulado por el autor como su ascendiente más cercano, con arreglo a un eslabón de engarce que dejó apuntado Juan Luis Vives en *De anima et vita* (1538). Ermacora formula allí otra de sus tesis: “the English narratives concerning the *sooterkin* might have been derogatory folklore aimed at a close neighbour, enlivened by the seventeenth- and eighteenth-century wars between England and the Netherlands.” (52) Aunque quepa dudar, como lo hace el autor, que los gemelos monstruosos sean una leyenda migratoria heredera del *frater*, o que quizá pudieran poseer raíces poligenéticas por Occidente y una proximidad causada por convergencia evolutiva, como colofón de su trabajo sostiene que “surely we can acknowledge that there is some form of historical relationship between the medieval *frater Salernitanorum* and the early modern *suygher/sooterkin*, a mole or mouse-like creature present in the womb with a child” (56), consciente de que la busca pertinaz de los orígenes deviene en una empresa arriesgada (o, más bien, forzosamente provisoria), y de que el folclore que recopilamos, iluminamos y contextualizamos los estudiosos se transmite en un cadena bidireccional: “from mouth to mouth, from mouth to text, from text to text and then absorbed once more back into a pool of oral tales” (60).

En definitiva, el filólogo, el historiador y el antropólogo extraerán de este volumen y de sus dos sustanciosos apéndices un filón de conocimientos de alto valor académico. Su originalidad salta a la vista, así como su enorme mérito, sustentado en una bibliografía ingente y en una mirada paneuropea de largo alcance que, si no agota el tema, afianza unos pilares sólidos desde los cuales habrá que proyectar las pesquisas venideras hacia diversas geografías, tiempos y planteamientos intelectuales. El único lunar achacable a

esta monografía es que habría agradecido leer las citas literales de algunos de los textos comentados, dada su rareza y la dificultad de su acceso. Por lo demás, solo puedo aplaudir la labor de Ermacora y recomendar la consulta de este libro a quienes quieran adentrarse en el folclore de los parásitos y en el fascinante mundo de los partos prodigiosos.